



El problema no era Trump

La novedad es el tercio de la sociedad al que el republicano despertó

JOAQUÍN ROY

Catedrático Jean Monnet y dtor. del Centro de la UE de la Universidad de Miami

El casi empate no es un fenómeno temporal. El agente real, aunque al final el ganador constitucional sea Biden, es ese sector que se consideraba una anomalía. La percepción general en el exterior de EE UU no llegó a entender el mensaje de 2016. Quizá todavía no lo entienda. Y, peor, no lo entenderá nunca.

La gloria del final de la Guerra Fría no escondió los problemas internos que sucesivos presidentes no lograron corregir. Pero las víctimas ya no eran exclusivamente los tradicionales perdedores (negros, hispanos, nativos) sino también los componentes de las capas intermedias de la sociedad. Además, se había añadido la élite económi-

ca que parecía no contentarse con sus ventajas fiscales, y pretendía también controlar el devenir político.

El resultado de las elecciones es un retrato nítido de tres Américas, cada una a su manera creyendo que tiene derecho a ser 'grande de nuevo', según el eslogan de Trump. Ya se advirtió con la doble elección de Obama: el potencial electorado se había dividido en tres. Un tercio se ha quedado en casa, siempre. Otra tercera parte ha votado por el Partido Demócrata. El resto históricamente se ha refugiado en los republicanos, arropados por ese sector que no parece responder a unas líneas partidistas concretas. Pero la novedad de la última década, tras la defenes-

tración del tradicionalismo de los Bush, no es la aparición de Trump, es la consolidación del protagonismo del tercio que Trump ha despertado.

La América de Trump antes oculta seguirá al acecho. Presionará para el abandono de las alianzas tradicionales de EE UU. En el terreno militar no sabrá usar sabiamente el poder 'suave' de la superioridad, jugará peligrosamente con el abandono de la OTAN, se puede implicar en arriesgadas operaciones en Oriente Medio, equivocando fatalmente sus útiles aliados.

En el caso de victoria de Biden, el nuevo presidente deberá encarar la permanente presencia de la América hasta ahora silenciosa. No podrá evitar la des-

trucción social, la división en bandos irreconciliables, la urgente instalación de los recientes inmigrantes.

Biden tendrá que responder a las demandas de los razonables intereses del país y las consiguientes presiones de su sociedad. Y Europa deberá entender que la petición de una implicación de sus gobiernos en la defensa continental no responde a un capricho del dirigente de turno, sino a una reconstitución del entramado militar. La sociedad norteamericana seguirá presionando a su gobierno para lograr beneficios legítimos en los resultados de los acuerdos de comercio. Se deberá conseguir una sintonía beneficiosa para ambas partes.